



ESCRIBE

Jorge
Edwards

1a an 3295
000494889

Neruda recuperado

El destino de Pablo Neruda en Chile se parece, dentro de nuestras perspectivas y nuestras proporciones, al de Víctor Hugo en la Francia del siglo XIX. Más bien conservador en su juventud, Víctor Hugo se transformó al cabo de los años en el símbolo de la Francia republicana, heredera de la Revolución y que empezaba a sentar las bases teóricas del socialismo. Su figura poderosa, multifacética, y a la vez ampulosa, dueña de una retórica irresistible, dominaba en las letras y dejaba una huella fuerte en la vida política. Después de su muerte, Víctor Hugo se transformó en nombre de calles, de plazas, de instituciones diseminadas por todo el territorio. Su casa de París, en un rincón de la plaza de los Vosgos, y la de Guernsey, donde había vivido como desterrado del régimen de Napoleón III ("Napoleón el pequeño"), se convirtieron en lugares del peregrinaje. Hugo había pasado a ser lo más cercano a un poeta oficial del país, como Shakespeare en Inglaterra o el Dante en Italia. Al mismo tiempo, en una reacción inevitable y probablemente necesaria, los jóvenes escritores tomaron sus distancias con respecto a la parafernalia hugoliana. Se dice que Arthur Rimbaud hizo cola para llegar hasta una sala donde Víctor Hugo estaba sentado frente a su escritorio y le lanzó un epíteto de grueso calibre. El mismo que lanzó el general Camborne cuando se vio desbordado por las tropas inglesas en Waterloo.

Mitos, seguramente, de la historia literaria. En cualquier caso, la figura de Víctor Hugo, a comienzos de este siglo, en la época en que despuntaban las vanguardias, era sinónimo de academicismo, de oficialismo. Su gran literatura estaba oscurecida por el velo tupido de los programas escolares, de las pompas municipales, de los discursos parlamentarios. A Paul Valéry, o a André Gide, ya no recuerdo a cuál de los dos, le preguntaron quién era el primer poeta de Francia, y respondió: "Victor Hugo, hélas!". La expresión no es fácil de traducir. Pero sabemos lo que quiso decir: "A pesar de todo, a pesar de tantas estatuas y tantos discursos, Víctor Hugo... Lo siento, pero el primer poeta, aunque nos cueste reconocerlo, es Víctor Hugo..."

Hoy día, si nos preguntan quién es el primer poeta chileno, habría que parafrasear a

Gide o a Valéry: "Pablo Neruda, hélas!". El fatrigo de los discursos oficiales ocultará los grandes momentos de la poesía de Neruda: "Entrada en la madera", "Melancolía cerca de Orizaba", "El campanario de Authenay", pero ahí estarán, y el que se quiera dar el trabajo podrá encontrarlos. Tratarán de recuperar a Neruda para la liturgia del Estado, para la nostalgia de los sobrevivientes del Partido Comunista, para ambas cosas, como parece demostrarlo curiosamente la larga lista de los oradores en las ceremonias del traslado de sus restos y los de Matilde, y lo interesante del asunto es que será recuperado por el paisaje y por el mar de Isla Negra, que si nos remiten a su verdadera naturaleza, a su condición de poeta por encima de todo el resto.

La oficialización de Neruda es, con todo, perfectamente explicable. El Estado rehabilita al poeta y a su compañera después de haberlos tenido arrinconados en una de las últimas calles del Cementerio General. Es otro signo importante de la transición democrática. Lo que resulta más complejo y más discutible es el matiz político partidista. ¿Con quién habría estado Neruda: con los que pasean los retratos de Lenin y de Stalin por la Plaza Roja, o con los reformistas? Y en este último caso, ¿con qué reformistas? Los comunistas ortodoxos parecen tener, como siempre, impertérritos e impermeables, una respuesta clara, pero yo me permito dudar de esa respuesta. Hace pocos días me tocó estar sentado junto a Mijail Gorbachov en un almuerzo suyo con intelectuales chilenos. Antes de la rueda formal de preguntas y respuestas tuvimos ocasión de conversar con ayuda de una intérprete. Pronto salió a relucir el tema de Pablo Neruda. Soy testigo directo, le dije, de la gran esperanza con que Neruda observó el proceso de apertura iniciado en la Unión Soviética por Nikita Krushev. Después, cuando Krushev fue prácticamente relegado en su dacha y cuando fue sepultado en unos funerales casi clandestinos, Neruda estaba decepcionado e irritado con las autoridades soviéticas. "Yo también", me dijo Gorbachov: "en esos mismos años, traté de que se le hiciera justicia a Krushev y no lo conseguí... Pero, ¿que le parecen a usted", agregó de repente, con gran animación, "los ataques

que me ha dirigido aquí en Chile Volodia Telitelboim? ¿No decía él que ahora es un auténtico demócrata?"

Volodia atacará con furia al Gorbachov de hoy y hará la apología del Neruda de ayer o de antes de ayer. Entretanto, hacer conjeturas sobre lo que habría pensado el poeta si estuviera vivo es un ejercicio perfectamente inútil. Pero tenemos el derecho de reflexionar sobre la historia reciente y a sacar nuestras propias conclusiones. La perestroika de Gorbachov fue la reanudación, después de un período de congelamiento, de paréntesis, del deshielo de Nikita Krushev, deshielo cuyo episodio culminante fue la denuncia de los crímenes de Stalin en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS. Esa apertura y esa denuncia contenían un mensaje fundamental: no se podía construir un sistema político sólido sobre la base del crimen y de la mentira. Los viejos ideales del socialismo, los del Víctor Hugo de Los miserables y de La leyenda de los siglos quedaban convertidos en una caricatura burda. El deshielo, como lo narra el propio Krushev en sus memorias, desbordó todos los cauces de la vida soviética y fue finalmente controlado por una mano gris y férrea. Está demostrado, eso sí, que las tendencias reales de una sociedad no pueden reprimirse durante mucho tiempo. Se produjo el segundo deshielo, la perestroika de Gorbachov, y su desborde inevitable es lo que hemos presenciado en estos últimos dos años. ¿Debemos esperar una vuelta a los viejos tiempos, una restauración neostalinista, como sucedió después de la era de Krushev, o podemos aspirar a que la gran Federación Rusa se convierta en una región democrática, libre, moderna, con una economía en desarrollo? ¿Hay que condenar al infierno a Gorbachov, cuyas reformas desde adentro fueron arrolladoramente desbordadas, pero que puso término a la Guerra Fría, y resucitar al Neruda de Las uvas y el viento, un Neruda que cambió en noventa grados al final de su vida y que dejó constancia de este cambio en textos inequívocos, tales como toda la primera parte de Fin de mundo? Es un asunto delicado y profundo, que no se resuelve con el método anacrónico e inquisitorial de las descalificaciones.

le segund 11-XI-1992 R. E

Neruda recuperado [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda recuperado [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile